

SOBREDOSIS

¿ES BUENA O MALA? ¡DEPENDE!

Por **Abel Julio Boujón**

I. La vida

Hace 37 años, una noticia que recorrió el mundo sumió en la congoja a muchos de sus admiradores. Aún hoy, para cada aniversario, a no pocos de ellos suelen caérseles algunas lágrimas. Una de las más famosas actrices norteamericanas, y la más bella para los gustos de la época, había fallecido. Apparentemente, habría decidido poner fin a su vida mediante la ingesta de una sobredosis de barbitúricos. De haber sido así, ¿fue buena o mala esta sobredosis? ¡Depende! Depende de cómo se considere la vida: a) para quienes sostienen que el ser humano es dueño de su vida y de su cuerpo y, por lo tanto, de disponer de ambos como mejor le parezca o pueda, aun al precio de segar una vida por nacer, nada tendría de malo; b) quienes, por el contrario, entienden que la vida pertenece a Dios están en desacuerdo; c) y, por fin, quienes piensan que a la sociedad no le es indiferente lo que hagan con su vida ni con su cuerpo arriban a conclusiones parecidas a la anterior.

II. El conocimiento

Hay otra forma de sobredosis que también puede resultar buena o mala: la sobredosis de conocimiento. Hoy existe consenso en el sentido de que el principal capital de un pueblo, de un país, es el conocimiento. ¿Una sobredosis de conocimiento es buena o mala? ¡Depende! Si ese conocimiento se aplica a la obtención de una mayor cantidad y calidad de alimentos sin afectar al ecosis-

*Especial para *Revista del Notariado*.

tema, a mejorar las condiciones de vida para la gente, a facilitar su elevación espiritual, a desarrollar teorías económicas que, al propender a una mayor y mejor producción y distribución de la riqueza, abran las puertas al bienestar general, quién podría dudar de su bondad. En cambio, si ese mayor conocimiento se utiliza para sojuzgar o tratar de destruir al semejante, para que so pretexto de reducir costos y mejorar la competitividad se termine contaminando los cursos de agua, la tierra o la atmósfera, parecería socialmente disvalioso.

III. El chamamé

Existe una tercera forma de sobredosis que, a diferencia de las dos anteriores, y a estar a lo que hemos podido averiguar, no genera disputa alguna: ¡la sobredosis de chamamé! Cuando en el transcurso de alguno de los megafestivales que se realizan al aire libre durante el verano, la platea está fría y pone “cara de póquer”, es suficiente que aparezca un conjunto que ataque con *Kilómetro 11*, de Cocomarola y Aguer –el himno de los chamamés según los entendidos– para que, sin distinción de sexo ni edades, todos se larguen a “mover el esqueleto” y participar de un clima de alegría colectiva, atrapados por la magia que tiene ese ritmo litoraleño. ¿Es buena o es mala esta forma de sobredosis? Excepto alguna que otra torcedura de tobillo, no parece producir otros efectos colaterales.

IV. La desregulación

Por último, hay otra forma de sobredosis que sobre todo la mayoría de los profesionales ven como decididamente pernicioso: ¡la sobredosis de desregulación!!! Destacados dirigentes y referentes de la comunidad notarial de nuestra jurisdicción, y también de otras demarcaciones, con lenguaje elevado y sólidos argumentos vienen cuestionando desde su inicio esta suerte de retorno a la ley de la selva, a la implementación de una concepción darwiniana de la vida. Lo mismo ocurre con los representantes de otras profesiones, que se encuentran con que estudiaron y juraron por una cosa y hoy se los compele a hacer otra que desnaturaliza lo que fue razón de su elección. Nos referimos especialmente a los médicos. Partiendo de un criterio absolutamente economicista, aparentemente, se supone que desregulando totalmente las actividades profesionales, por imperio de las leyes del mercado, se va a obtener una reducción de costos que beneficie a la gente. Como si los servicios profesionales vinieran en botellas de determinado tamaño, presentación y contenido y, por lo tanto, alcanzara con comparar precios, como entre un kiosco y el súper. La referencia no es ociosa, ni pretende ser original, ya que analistas internacionales vienen hablando de la “cocalización” del mundo. La aplicación práctica de esta filosofía económica, que sin necesidad de flotas ni de misiles licua las fronteras y pulveriza al Estado-nación, ha comenzado a dar señales de que puede llegar a ser como esos humanoides de las películas de ficción, que de pronto comienzan a no responder a quienes los crearon y luego se vuelven contra ellos. En distintos lugares del planeta se alzan voces que solicitan se cree algún ente su-

pranacional que fije reglas cuyo respeto salve al mundo de la anarquía económica. En el caso particular del escribano, del escribano argentino concretamente, no sólo se le impone directa o indirectamente la reducción de sus honorarios a niveles casi de indignidad sino que, por otra parte, se le agregan nuevos costos, con la atribución de más y más responsabilidades que generan la necesidad de renovar su infraestructura y/o tercerizar tareas que antes podía realizar por sí mismo.

IV. a. Catherine Deneuve

Días pasados, después de algunos años de no haberlo hecho, debimos abordar un tren con rumbo al suburbano oeste. Nos sorprendió encontrarnos con expendedoras automáticas de boletos y controladoras automáticas de pago del pasaje. Resultó tiempo perdido “parar la oreja” con la esperanza de escuchar el clásico “chucuchuk... chucuchuk... pttss” que, como una canción de cuna, nos regalaban las locomotoras cuando los ferrocarriles tenían otro *status*. Al llegar a la estación Liniers, en nuestro vagón, la suma de vendedores ambulantes y mendigos superaba largamente a la de los pasajeros. No faltaba, entre los primeros, quien ofreciera un conocido adminículo fácil de llevar “en la cartera de la dama o en el bolsillo del caballero”. Nos llamó la atención uno, cincuentón, que dirigiéndose a los “respetables y distinguidos pasajero” comenzara a ofrecer “directamente de Kim, Kim y Kim Sociedad Anónnnnnnima, por mi intermedio, esta gran oportunidad: dos reloj despertador a pila por un peso... aproveche... quede bien con la Patrona para las fiestas... llévele este finísimo regalo, útil y necesario en cualquier hogar... dos reloj por un solo pesito... menos de lo que sale un atao de cigarrillo... por un pesito vendo señora”. Usaba anillo; supusimos que en algún lugar tendría una familia que alimentar, pagar el gas, la luz, el alquiler o la cuota de la prefabricada y, por supuesto, \$245,12 de aportes al sistema de seguridad social. ¿Cuántos miles de pares de relojes debería vender para sobrevivir?, si encontraba tantos compradores, claro. ¿Sus hijos habrían terminado la primaria? ¿Y su mujer... se podría hacer los controles periódicos que tanto recomendara doña Tita Merello? Sentimos una fuerte opresión en el pecho... comenzó a faltarnos el aire. Confábamos en que nuestra habitual cara de nada nos pondría a cubierto de cualquier pregunta inoportuna o comentario comprometedor. ¡Fracasamos! Una vez más quedó demostrado que la intuición femenina es capaz de atravesar cualquier barrera. En el asiento ubicado enfrente del nuestro, viajaba una señora de extraordinario parecido con Catherine Deneuve, ¡bellísima!, que había descubierto nuestras cavilaciones. “Qué le parece todo esto”, nos dijo, y agregó: “¿a quién le sirve, a quién hace feliz esta desregulación impiadosa y compulsiva si...?” De tránsito por la vida junto a nuestra inseparable compañera, la ignorancia, sólo atinamos a encogernos de hombros. ¿Usted lo sabe, lector...?

IV. b. ¿A quién le importa que sepa mucho y publique trabajos?

Durante un breve descanso, luego de una reunión de trabajo, una escriba-

na, refiriéndose a un colega, expresó más o menos lo siguiente: “¿de qué le vale saber mucho y publicar trabajos si se está quedando sin clientes?”. El tema quedó inconcluso; otras urgencias lo desplazaron. No sería aventurado suponer que ese escribano, que se capacita y trata de brindar el mejor servicio profesional posible, se esté quedando sin clientes porque éstos deciden canjearlo, como a una figurita, por otros que les cobren más barato. No aguantamos más. Corremos a refugiarnos en los editoriales de J.C.C.C. (Jota Trescé). Vamos en busca de un poco de bálsamo para nuestro espíritu.